

Quinto domingo del tiempo ordinario

8 de febrero de 2026

«Ustedes son la luz del mundo».



«En el Evangelio de este domingo el Señor Jesús dice a sus discípulos: «Vosotros sois la sal de la tierra... Vosotros sois la luz del mundo» (Mt 5, 13.14). Mediante estas imágenes llenas de significado, quiere transmitirles el sentido de su misión y de su testimonio. La sal, en la cultura de Oriente Medio, evoca varios valores como la alianza, la solidaridad, la vida y la sabiduría. La luz es la primera obra de Dios creador y es fuente de la vida; la misma Palabra de Dios es comparada con la luz, como proclama el salmista: “Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero” (Sal 119, 105). Y también en la liturgia de hoy, el profeta Isaías dice: «Cuando ofrezcas al hambriento de lo tuyo y sacies el alma afligida, brillará tu luz en las tinieblas, tu oscuridad como el mediodía» (58, 10). La sabiduría resume en sí los efectos benéficos de la sal y de la luz: de hecho, los discípulos del Señor están llamados a dar nuevo «sabor» al mundo, y a preservarlo de la corrupción, con la sabiduría de Dios, que resplandece plenamente en el rostro del Hijo, porque él es la «luz verdadera que ilumina a todo hombre» (Jn 1, 9). Unidos a él, los cristianos pueden difundir en medio de las tinieblas de la indiferencia y del egoísmo la luz del amor de Dios, verdadera sabiduría que da significado a la existencia y a la actuación de los hombres».

BENEDICTO XVI, Ángelus, 30 de enero de 2011.

Comentario a los prefacios del tiempo ordinario¹

PREFACIO IV DOMINICAL DEL TIEMPO ORDINARIO

La historia de la salvación

De manera muy similar al prefacio dominical II, la oración que ahora vamos a comentar presenta momentos fundamentales de la vida del Verbo encarnado en su paso por este mundo. A estos acontecimientos San Ignacio de Antioquía los llamaba *misterios* (*mysteria* en griego), como lo podemos ver en el siguiente ejemplo: «Quedó oculta al príncipe de este mundo la virginidad de María y el parto de ella, del mismo modo que la muerte del Señor: tres misterios sonoros que se cumplieron en el silencio de Dios» (cf. Carta a los Efesios XIX). En general, los Padres de la Iglesia fueron comprendiendo que el núcleo fundamental de la Historia de la salvación es el misterio de Cristo (expresión que encontramos en la teología paulina). Por eso tiene sentido que el prefacio dominical IV se titule Historia de la Salvación: los acontecimientos de la vida de Cristo son el punto neurálgico de la historia de amor de Dios con los hombres; toda esta historia converge en Cristo Jesús.

Aunque el título ya nos sitúa en la historia de la redención, que tiende hacia Cristo y en él se realiza plenamente, el mismo tenor de la oración acentúa esta percepción. En el primer párrafo, cuando se introduce la alabanza al Padre, se termina diciendo que es «*por Cristo, Señor nuestro*». Acto seguido, ya en el párrafo central, se añade el motivo: «*Porque él...*», y se indican los momentos principales de la salvación realizada por Jesucristo.

La centralidad de Cristo en la vida cristiana está fuera de discusión, pero es necesario que vivamos esta realidad hasta sus últimas consecuencias: en nuestra oración, en la relación con los demás, en nuestro trabajo, en nuestros pensamientos, palabras y obras. Por otra parte, conocer la vida del Señor es esencial para identificarnos con él para vivir lo que san Pablo denominaba la configuración con Cristo. Y no podemos olvidar que esto se lleva a cabo de una forma excepcional en la participación de la Eucaristía: en la santa misa y, más en concreto por la comunión del Cuerpo y la Sangre del Señor.

El texto del prefacio establece *cuatro etapas de la salvación realizada por Cristo*. Nos referimos a hechos concretos de la vida y de la obra de Jesucristo en los que se hace patente la salvación de Dios: nacimiento, muerte (pasión), resurrección y ascensión. Los tres últimos momentos se hacen presentes también en la plegaria eucarística, en lo que se llama la *anámnesis*.

¹ AA.VV., *Los prefacios y las secuencias*, Barcelona: CPL 2018, 137-139.

A las cuatro etapas de la historia de la salvación corresponden cuatro acciones: dos negativas (de victoria sobre el mal) y dos positivas (de desarrollo del bien). A continuación, las comentamos.

«*Con su nacimiento, renovó la vieja condición humana*». No es casualidad que contemos los años desde el nacimiento de Cristo; se trata, verdaderamente, del comienzo de una nueva etapa en la historia de la humanidad, marcada por una relación nueva con Dios. Lo que san León Magno llamaba «admirable intercambio»: Dios se hace hombre para que el hombre participe de la divinidad. Todo lo que se había perdido con el pecado queda restablecido gracias a la encarnación del Verbo y se manifiesta accesible al hombre por el nacimiento. Se da, por lo tanto, una verdadera restauración del ser del hombre.

«*Con su muerte (pasión), destruyó nuestro pecado*». La cruz y la muerte de Cristo son expresión de su entrega máxima, de ese amor extremo del que nos habla san Juan al comenzar el relato de la Última Cena (Jn 13,1): un amor que se dirige al Padre y a cada uno de nosotros. Es la obediencia amorosa de Cristo la que destruye la desobediencia primordial, el pecado y todas sus consecuencias.

«*Al resucitar de entre los muertos, nos aseguró el acceso a la vida eterna*». La resurrección de Jesucristo es, podemos decir, el acontecimiento más grande de la historia de la humanidad, aunque no se puede separar del resto de las acciones salvíficas. Cristo resucitado, al mismo tiempo, comunica el Espíritu y la salvación a los discípulos y, en ellos, a todos nosotros. Ya san Agustín señalaba en sus sermones que, al resucitar Jesús, de alguna manera, todos hemos resucitado, pues participamos de su misma vida. Esta es la «nueva vida», la vida eterna, como dice literalmente el texto latino, que se nos comunica y debemos considerar como algo propio de nuestra condición de bautizados.

Por último, «*en su ascensión al Padre, abrió las puertas del cielo*». La ascensión supone la glorificación de la humanidad de Cristo, completa el recorrido del que salió del Padre y retorna a él, llevándonos consigo en su victoria. Por Jesucristo quedan abiertas las puertas del cielo, esto es, podemos alcanzar el reino de Dios y la comunicación entre Dios y el hombre, entre lo sobrenatural y lo natural, ha quedado restablecida.

Todo lo que el prefacio nos muestra condensado se vuelve a explicitar en la plegaria eucarística. Además, se debe ir realizando en la vida de cada uno de nosotros, pues la vida del cristiano supone morir cada día al hombre viejo y resucitar con Cristo a la nueva vida de los hijos de Dios. Poseemos ya en primicia los frutos de la salvación.

Quinto domingo del tiempo ordinario – Textos proclamados
Comentario general a las lecturas bíblicas²

La predicación de Jesús, que tiene su prólogo en las Bienaventuranzas, continúa con el sermón de la montaña en el que Mateo ha recogido las principales enseñanzas del Maestro. Esta predicación inicial tiene el encanto de esas imágenes de la vida ordinaria que llevan mensajes de novedad y de vida. El silencio de los treinta años de vida oculta florece ahora en palabras esenciales. Jesús es profeta y es poeta. Su predicación expresa la verdad, la bondad y la belleza a la vez. Porque Dios es así. Con tres imágenes iniciales nos ofrece su pensamiento acerca de lo que tienen que ser sus discípulos: sal de la tierra, luz del mundo, ciudad sobre el monte.

Sal de la tierra. La sal servía y sirve para dar gusto, sabor a la comida. En tiempo de Jesús y hasta hace poco en nuestro tiempo, la sal era también remedio para preservar de la corrupción, para conservar en buen estado algunos alimentos. La palabra del Maestro y los que viven de esta palabra van a ser de hoy en adelante los que dan sabor a la vida, los que preservan la vida y el mundo de la corrupción, del mal y del pecado. Si el sentido y el sabor se vuelven contrasentido y mal sabor nos encontramos con la paradoja más grande. Misión y riesgo de los discípulos de Jesús. La misión es este dar sabor, dar sentido a las cosas, preservar la vida de nuestro mundo, de la caducidad y de la corrupción, con el amor y con la esperanza. El riesgo es el de volverse insípidos y sosos, neutralizando la fuerza del Evangelio o dejándose corromper por el pecado. El cristiano tiene que mantener el difícil equilibrio de la sal en una comida. Tiene que notarse, para que no sea insípida, pero tiene que evitar ser un terrón de sal sin disolverse, porque entonces tampoco cumple su misión de dar sabor a toda la comida. Cristianos que viven el vaivén del mundo sin dejarse neutralizar por el mundo. Cristianos que se disuelven sabiamente en todas las estructuras de la sociedad para impregnar de sabiduría y de sabor la vida de los hombres. Vosotros sois la sal de la tierra.

Vosotros sois la luz del mundo. Cuando caía la tarde y se encendían las antorchas para caminar en la oscuridad o para iluminar la casa, la luz recobraba un simbolismo que es difícil recrear hoy en la época de la electricidad. Quizá en alguna ocasión ya se había realizado el espectáculo de una multitud que con antorchas encendidas se apiñaba junto a Jesús al caer la tarde, antes de retirarse a descansar. Jesús era la luz. Y sus discípulos iluminados por su palabra tenían que ser también como las estrellas en el cielo y las luces en la tierra. En la oscuridad, un punto seguro de verdad y de vida. En medio de las tinieblas del error una llama que alumbra la verdad de los misterios. No luces tímidas que se esconden sino velas encendidas que el ama de casa pone sobre el candelero. También

² J. CASTELLANO, *Orar con el año litúrgico. Ciclo A*, Madrid: EDICEP 2010, 110-112.

aquí misión y riesgo de los cristianos. La misión es la de iluminar; el riesgo es el de esconderse, o apagarse haciendo que la tiniebla ahogue la luz.

Ciudad puesta sobre lo alto del monte. Desde la colina de las Bienaventuranzas se podían ver algunas de las ciudades puestas como centinelas alrededor del lago. La más visible, puesta sobre una montaña, era *Safed*, una ciudad hebrea por cuyas calles se oye a veces hablar hoy el castellano antiguo de los sefarditas. Era bien visible aquella ciudad. Y Jesús quería a sus discípulos, a la comunidad de sus discípulos que formarían la Iglesia, como una ciudad sobre el mundo, bien visible, hogar de todos, cobijo para toda la humanidad. Ésta era y sigue siendo su misión, sin complejos. Nada de iglesias subterráneas o de comunidades que más parecen sectas, o de cristianos acomplejados de dar su testimonio. Que se vea. Que se vean los cristianos. Que se haga visible la Iglesia con la fuerza de su sabor, con la luz de su doctrina, con la evidencia de su testimonio. Hoy hay muchos que querrían que la Iglesia volviese a las catacumbas; o que se quedase en las sacristías, que es menos heroico. O que se preocupase sólo de asuntos «religiosos». Como hay gente que quisiera que el Papa no viajara tanto y se quedase recluido en el Vaticano, hecho un burócrata según una conjura que lo redujese al silencio. Apenas la Iglesia habla, se manifiesta, los laicistas de turno la acusan de intromisión en los asuntos de este mundo.

Jesús ha curado de espanto, desde las primeras palabras de su predicación, a todos los cristianos. Hay que ser sal de la tierra y por eso hay que mezclarse con todo lo que es humano; personas, estructuras, sin perder la identidad evangélica. Hay que ser luz del mundo y no se puede renunciar a iluminar. Cuanto más densas son las tinieblas más abundante tiene que ser la luz. La Iglesia no por protagonismo ajeno a su misión, sino por mandato de su Señor tiene que ser ciudad sobre el monte. Tiene que dar testimonio. Lo dice Jesús y se hace imperiosa vocación de todos, especialmente de los laicos, esos cristianos que viven más metidos en la tierra y en el mundo: «Alumbre así vuestra luz a los hombres, para que vean vuestras obras buenas y den gloria a vuestro Padre que está en el cielo». Hay un testimonio que dar por amor. Y hay una glorificación del Padre a la que no pueden sustraerse aquellos que son de veras discípulos de Cristo e hijos amados de su Padre. Jesús apuesta por una Iglesia sin complejos. Sin complejos de presencia en el mundo y de obras concretas que llevan el sello de la verdad y del amor.



Comentario a las lecturas bíblicas del Leccionario³

«Entonces nacerá tu luz como la aurora»

Lectura del Profeta Isaías 58, 7-10.

El pueblo se escuda en una falsa piedad y abandona el respeto y el amor al prójimo. La verdadera religión se mide por el amor en obras para con los oprimidos y necesitados. Sentir y remediar como en su propia carne el hambre, la desnudez, el frío de los demás. Esta es la única religión válida delante de Dios, la que salva al hombre, lo diviniza, le da acceso a Dios, lo pasa de la muerte a la vida. Es el camino que debe seguir el cristiano y el apóstol para ser luz del mundo y sal de la tierra. Textos paralelos: Is 29,13-16; 58, 1-6. 11-14; Am 8,4-14; Zac 7,4-14.

«Les he anunciado a Cristo crucificado».

Lectura de la primera carta del Apóstol San Pablo a los Corintios 2, 1-5.

La proclamación del Mensaje hecha por Pablo se apoya en la fuerza misma del Mensaje: en el poder de Dios y en su mismo contenido limpio, sin mixtificaciones. Por eso la proclamación estuvo privada de elementos humanos que la hubieran podido, quizás, realzar humanamente: pero que en realidad la hubieran mixtificado: habrían oscurecido la fuerza intrínseca del Mensaje. Pablo no envolvió el Mensaje en una oratoria persuasiva ni en conceptos sabios, propios de los filósofos de Asia.

«Ustedes son la luz del mundo».

Lectura del santo Evangelio según San Mateo 5, 13-16.

Comparaciones que ilustran la vocación irradiante del cristiano en el mundo. «Tierra» y «mundo» invitan a ampliar hasta el máximo el horizonte. La semejanza de la sal —aunque negativa en su expresión— manifiesta la necesidad natural del cristiano de influir en la vida ajena. La comparación de la ciudad insinúa el carácter colectivo del testimonio. En el símil de la luz se aclara dónde reside el valor esencial del testimonio: en la expresividad de unas obras propias de la estirpe celestial de un hijo de Dios y, por tanto, de un hermano para los hombres (Primera Lectura). El esplendor de la gloria dinámica de Dios se manifiesta en las obras de sus hijos e invita a todos a encontrarse con el Padre.

³ SECRETARIADO NACIONAL DE LITURGIA (España), *Comentarios al leccionario dominical*. Ciclo A, 224-227.

Quinto domingo del tiempo ordinario

8 de febrero de 2026

«Ustedes son la luz del mundo».



Moniciones

Entrada

Queridos hermanos y hermanas: Bendito sea Dios Padre que hoy nos convoca para que celebremos el día de Cristo resucitado. Su presencia habita entre nosotros y sus palabras nos recuerdan que somos sal de la tierra y luz del mundo. Que esta Eucaristía nos impulse a ser signo luminoso de Cristo, ya que todos estamos llamados a dar testimonio de nuestra fe.

Liturgia de la Palabra

Que el Espíritu Santo ilumine nuestros corazones para que pongamos en práctica la enseñanza de Cristo, nuestro Maestro. Él nos recuerda que tenemos una gran misión: hacer brillar su luz para los demás. Escuchemos.

Presentación de los dones

Nuestra vocación es ser sal de la tierra y luz del mundo, es decir, mostrar a los demás el sabor de la vida y la claridad que vence toda confusión. Conscientes de lo que nos pide el Señor, ofrezcamos en el altar nuestro propósito de hacer su voluntad.

Comunión

Al comulgar recibimos la luz de Cristo en nuestros corazones para que se haga realidad lo que nos dice el Evangelio: *“Brille su luz ante los hombres para que vean sus buenas obras y glorifiquen a su Padre que está en los cielos”*.

Quinto domingo del tiempo ordinario

8 de febrero de 2026

«Ustedes son la luz del mundo».



Oración universal

Queridos hermanos: iluminados por la palabra de Cristo, presentamos ahora nuestras plegarias al Padre, animados por la fuerza del Espíritu Santo. Digamos juntos, llenos de confianza:

R/. Te rogamos, óyenos.

- † Oremos por la Iglesia universal para que su luz brille ante toda la humanidad mediante el anuncio convincente de la Buena Noticia.
- † Oremos por los gobernantes para que sean fieles a su compromiso político y practiquen la misericordia con los más necesitados.
- † Oremos por la situación política y económica de nuestro país para que el Señor nos guíe por los caminos del auténtico progreso.
- † Oremos por los pobres para que reciban de sus hermanos el pan de cada día, lugares dignos para hospedarse y trabajo con salario justo.
- † Oremos por nosotros, reunidos para escuchar a Cristo, nuestro Maestro, para que compartamos con los demás el sabor de la vida y la verdad que ilumina los corazones.

Escucha, Padre, nuestra oración
y haznos cada vez más fieles a tu amor,
siguiendo el camino de tu Hijo Jesucristo,
que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.